



MOTIVOS PARA ADORAR

Si te sientes cansado por edad, trabajo o debilidad física, o incluso por enfermedad, motivos que te dejan sentir la fragilidad, atrévete en esas circunstancias a adorar al Señor: “Ahora y así, te adoro, Señor mío y Dios mío.”

Si las cosas no te han salido como habías proyectado, si tus deseos parecen frustrados y te llega a acosar la sensación de haber tenido mala suerte, en esas posibles condiciones, ten valor y adora al Señor. “Ahora y así, te adoro, Señor mío y Dios mío”.

Si en la situación actual se resiente tu economía, o te asalta el miedo porque pueda sobrevenirte alguna pérdida de disponibilidad económica y de bienestar, es el momento de afirmar a quien es el único Dios. Atrévete a adorarlo: Señor mío y Dios mío, te adoro.

Si en el ambiente familiar, social o comunitario te invade la tentación y te ronda el pensamiento de algún agravio comparativo por motivos laborales o trabajos domésticos, no des entrada al pensamiento que carcome la generosidad, sino rinde homenaje al Amor de Dios, adorándolo: “Señor, te adoro”.

Si la memoria te trae el recuerdo de tu infidelidad y de tu pecado, y crees que es más honesto permanecer alejado de la mirada del Señor, no sucumbas al orgullo, y aunque sea en el último rincón de tu templo interior, atrévete con humildad a adorar a quien puede perdonar los pecados. “Señor, tú lo sabes todo, te adoro”.

Si te acometen dudas de fe, si persisten dentro de tu mente los pensamientos obsesivos que intentan imponerte el sinsentido de tu actitud creyente y religiosa, sé valiente, planta cara a la insidia del mal y recuerda las palabras de Jesús: “Adorarás al Señor, tu Dios”. Sobreponete a toda intriga con la adoración: Señor, aunque no te veo, ni te siento, y dudo, te adoro”.

Si has dejado entrar en tu corazón afectos que se sobreponen al que debes mantener entero para quien es tu Dios, y piensas que ya no caben retornos porque crees que sería cínico acercarte al Señor con el corazón dividido, no perezcas en la falacia del Tentador que intenta de todos los modos posibles distanciarte de quien es el Amor más grande, y a pesar de tu debilidad, confiesa humilde tu amor a Dios, postrado ante Él: “Señor, te adoro”.

Si te ha llegado el impacto cultural un tanto descreído, de espaldas a la trascendencia, autosuficiente, y has llegado a oír el susurro que te invita a la emancipación, al ejercicio independiente de la libertad y a la autosuficiencia, reacciona con el antídoto más radical de la adoración: “Dios mío, te adoro”.

Si piensas que la actitud religiosa es pietismo, y hasta te sientes ridículo en manifestaciones de piedad, porque las juzgas trasnochadas, no cedas ni abandones lo que es tu historia de relación con Dios y hazle el obsequio de la adoración.

El amor es capaz de reconvertir todo en motivo de amar. La adoración es la forma más amorosa y agradecida posible en nuestra relación con Dios. Manifiéstalo ante el sacramento del Amor, la Eucaristía.